

frirá mil persecuciones por esta palabra; y en fin, esta palabra consagrada por la eleccion que de ella ha hecho, triunfará de todo el poder de los Césares, y resonará hasta el fin de los siglos en los Templos de esta Iglesia.

Observo, en cuarto lugar, que esta Iglesia jamas ha hecho paces, ni treguas, con los que se oponian á alguno de sus dogmas, ó que querian cambiar su gerarquia; que jamas temor alguno, alguna esperanza, interes alguno de ninguna especie, ha podido reducirla á entrar con ellos en composicion. Ha visto repetidas veces separarse de ella Provincias y Reynos enteros: ha gemido estas pérdidas, y las ha llorado; pero ha querido mejor sufrirlas, que aflojar en la verdad.

Observo, en quinto lugar, que esta Iglesia ha defendido siempre los dogmas de la fe, que parecian menos importantes, con el mismo celo y el mismo vigor que los que son evidentemente mas esenciales: varios empe-

radores poderosos emprendieron el abolir el uso y el culto de las santas imágenes: su pretension parece apoyarse sobre testos formales del Antiguo testamento. Por otra parte, ¿qué inconveniente hay en pasarse sin imágenes? ¿Dónde está la necesidad de honrarlas? ¿Por qué una práctica, sin la cual no se deja de ser cristiano, divide todo el cristianismo? Pero ninguna de estas razones mueve á la intrépida iglesia de la cual hablo: ella se opone como un muro de bronce á las sacrílegas empresas de Leon el Isauriano, y de sus impios sucesores. El uso de las imágenes, y el culto relativo que se las da, es un punto de su tradicion: lo conservará, pues, aunque todo lo pierda: millares de mártires derramarán su sangre por este dogma, tan ligero y pequeño en la apariencia; y al fin se verá el mundo entero, y á los mismos emperadores, prosternarse delante de las imágenes de Jesucristo y de sus santos, para honrar á aquellos que representan.

Observo, en sexto lugar, que es-

ta iglesia no ha variado jamas nada, ni en los objetos, ni en las prácticas de su culto; que jamas ha introducido mudanza alguna en la constitucion de su gerarquia, ni ha dejado alterar la pureza de su moral.

Es cierto, que segun los tiempos y las circunstancias, ha sido mas ó menos severa con los pecadores; pero siempre ha sido y es enemiga implacable del pecado; siempre se ha elevado con una igual autoridad contra toda relajacion y contra todo rigor excesivo: sus máximas en esta materia fueron siempre tan severas como el evangelio; pero jamas lo fueron mas que el evangelio.

Observo, en séptimo lugar, que cuantas veces los emperadores y los reyes han querido meter la mano en el incensario, y atribuirse una autoridad que Dios no les ha dado: esta misma iglesia se ha opuesto á sus empresas con intrepidez, y les ha dicho con noble y respetuosa libertad: sabed, que Dios ha establecido dos potestades en la tierra, la potestad sagrada de los

pontífices, y la de los reyes. La primera gobierna á los hombres en el orden de la salvacion, y la segunda en el orden civil. Estas dos potestades son independientes la una de la otra; y deben, sin embargo, obrar de acuerdo. El rey no puede ser pontífice, así como el pontífice no puede ser rey. Los pontífices, como ciudadanos, deben obedecer á los reyes; los reyes, como cristianos, deben someterse á los pontífices. A vosotros ¡ó reyes! os toca el defender el estado de las invasiones exteriores, y arreglarlo en lo interior: el imponer los tributos, y el mantener, por medio de leyes justas, el equilibrio entre las diferentes clases de ciudadanos que lo componen. A los pontífices pertenece el juzgar soberanamente, y en última instancia, todas las contestaciones que se fomentan en la iglesia tocante la fe ó la moral: arreglar la forma del culto divino: hacer, en el orden de la religion, leyes generales que obligan á todos los cristianos, sin escepcion, y que constituyen el régimen y la

disciplina de la iglesia: recomendar incesantemente á los fieles, de quienes son pastores, y el respeto debido á los reyes, cuyas personas sagradas son imágenes vivas de Dios en la tierra: el pagar el tributo fielmente, y sin murmurar: pedir por la prosperidad de sus reinos: obedecerles en todo lo que no es ofensa de Dios; y darles ellos mismos el ejemplo del cumplimiento de todos estos deberes. Véase aquí una de las primeras obligaciones de los Pontífices, y por esta parte son los apoyos del trono. Velad incesantemente en vuestros estados sobre la conservacion de la fe: procurad con todo vuestro poder la observancia de las leyes eclesiásticas; y ved aquí ¡ó reyes! vuestra primera obligacion, y el mas bello de vuestros privilegios. En este sentido, y no en otro, sois los protectores de la Iglesia y los pastores exteriores.

Observo, en fin, que esta Iglesia, que ya he llamado principal y dominante, ha sido siempre la mas extendida y la mas célebre de todas las con-

gregaciones cristianas: que en ella es donde se han hecho todos los milagros: que por ella han combatido todos los mártires: que en su seno, y bajo sus leyes, se han formado todos los santos que han venerado la antigüedad: que ella es la que ha llevado, y lleva todavía el evangelio á todos los pueblos de la tierra. Las heregías han desaparecido una despues de otra: los cismas se han disipado: los imperios se han desvanecido; y tantas revoluciones no han podido arrastrar la catástrofe de esta iglesia. El trono de los césares cayó, y el de san Pedro ha permanecido firme é inalterable; y los pueblos bárbaros, de quienes Roma ha sido presa, han venido á parar en ser la conquista de esta Iglesia.

¿De dónde ha venido á esta iglesia tanta firmeza? ¿Quién es el que la ha inspirado esta noble confianza en sus fuerzas? ¿Quién es el que la ha hecho conocer que estaba cierta de salir vencedora de todos los combates que la han declarado? ¿Quién es el que ha abatido á sus pies todas las heregías?

¿Quién es el que ha disipado todas las asechanzas de los pueblos y los reyes conjurados contra ella, sino es aquel que ha dicho: "Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella;" y además: "El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán jamás; y también: "Toda planta que no haya sido plantada por mi padre, será arrancada?" El primero y segundo de estos oráculos se han verificado hasta aquí en toda su extensión. Todos los esfuerzos del infierno, durante diez y ocho siglos, no han podido prevalecer contra la iglesia; y esta misma iglesia no ha dejado perecer ninguna de las verdades, cuyo depósito la fue confiado por Jesucristo, ni ha dejado obscurecer una sola. El tercer oráculo se ha verificado hasta nuestros días, tanto cuanto podía verificarse. ¿Dónde están aquellas antiguas herejías, cada una de las cuales, en su tiempo, hizo tanto ruido en el mundo, y causó en él tantas turbulen-

cias, y sedujo tantos reyes y tantos pueblos? Ya no existen. ¿Qué se han hecho los arrianos, los nestorianos, los maniqueos y tantos otros? Han desaparecido. Apenas se ven de ellos algunas miserables reliquias, semejantes á las ruinas de una ciudad á quien el hierro y el fuego han destruido, y que solo subsisten para anunciar á la posteridad la victoria del pueblo que la destruyó. No lo dudes, Teotimo; todas las herejías que todavía vemos en este mundo tendrán el mismo paradero que aquellas: perecerán á su turno: la verdad, contra la cual han esperado neciamente prevalecer, prevalecerá al fin contra ellas, permanecerá eternamente; de modo, que no habrá sino un solo rebaño y un solo pastor.

Así se ha cumplido, y se cumple todavía todos los días, la célebre y magnífica profecía encerrada en el salmo segundo, por cuya lectura acabaremos esta conversacion.

Salmo II.

„ ¿ Por qué se han sublevado las
 „ naciones con un gran ruido, y los
 „ pueblos han formado vanos desig-
 „ nios? Los reyes de la tierra se han
 „ opuesto, y los príncipes se han
 „ unido contra el Señor, y contra
 „ su cristo y su unguido. Rompamos,
 „ dicen ellos, los lazos, y arrojemos
 „ lejos de nosotros su yugo. El
 „ que permanece en los cielos, se
 „ reirá de ellos, y el Señor se bur-
 „ lará; entonces les hablará en su có-
 „ lera, y los llenará de turbacion en
 „ su furor. Pero por mí, yo fui estable-
 „ cido rey en Sion su santa Monta-
 „ ña, á fin de que anuncie sus pre-
 „ ceptos. El Señor me ha dicho: tu
 „ eres mi Hijo, hoy te he engendra-
 „ do. Pídeme, y te daré las naciones
 „ en herencia, y estenderé tu posesion
 „ hasta las estremidades de la tierra:
 „ tu las gobernarás con una vara de
 „ hierro, y los romperás como el va-
 „ so del alfarero. Y vosotros ahora,

„ ¡ó Reyes! abrid vuestros corazones
 „ á la inteligencia: recibid las instruc-
 „ ciones de la verdad, vosotros que
 „ juzgais la tierra: servid al Señor con
 „ temor y temblor: abrazad estre-
 „ chamente *la pureza* de la discipli-
 „ na, por miedo de que el Señor no
 „ entre en cólera, y perezcais fuera
 „ de la via de la justicia. Cuando en
 „ breve su ira se enardecerá, di-
 „ chosos todos aquellos que confian
 „ en él.“

Este salmo es como el epílogo de
 toda la historia Eclesiástica, y toda
 la historia Eclesiástica no es otra co-
 sa sino el desarrollo de este salmo; y
 tu ves por tí mismo que cuanto se ha
 dicho en esta conferencia es su inter-
 pretacion.

Aquí, Teotimo, me preguntas,
 ¿ cuál es esta Iglesia principal y domi-
 nante cuyo retrato se ha hecho? Y te
 respondo, que esta Iglesia es la que
 tiene por gefe al Pontífice Romano,
 único sucesor legítimo de San Pedro;
 la Iglesia Católica, en cuyo seno he-

mos tu y yo tenido la dicha de nacer; y sobre esto me propongo hablarte dentro de unos dias.

CATECISMO

DE LA SEGUNDA CONFERENCIA.

Sobre la maravilla de la conservacion de la religion cristiana.

P. Convengo sin trabajo en que el establecimiento de la religion cristiana es milagroso, y por consiguiente una prueba incontestable de su divinidad; pero no puedo mirar como un milagro la conservacion de esta religion hasta nuestros dias, porque nada veo en ella que no pudiera suceder, segun el curso ordinario de las cosas humanas.

R. Tu te engañas, y nada hay mas facil que demostrar que la con-

servacion de la religion cristiana, como yo la entiendo, es un milagro tan grande como el de su establecimiento.

P. Vos me habeis dicho que la religion cristiana habia hecho progresos tan prodigiosos, que al cabo de trescientos años; esto es, bajo el reinado de Constantino el Grande, fue la religion dominante en el Imperio Romano, y que se estendió hasta mas allá de los límites de este Imperio. Es asi que es evidente que una religion tan estendida, debia sostenerse por sus propias fuerzas durante muchos siglos, y tambien hasta el fin del mundo; ¿luego dónde está el milagro de la conservacion de esta religion?

R. Cuando digo que la conservacion de la religion cristiana hasta nuestros dias es un milagro, no entiendo por eso que fuera un milagro el que todavia hubiese cristianos en el mundo, sino que era un milagro que haya habido siempre y haya todavia en el mundo una gran Congregacion de fieles cristianos, una Igle-

sia principal y dominante, que haya conservado y conserve la religion cristiana en toda su pureza, y en los mismos términos que Jesucristo la dió á los Apóstoles.

P. Yo no comprendo todavia bien vuestra respuesta, y asi os pido me la espliqueis.

R. Voy á hacerlo. Tu sabes que la religion cristiana propone misterios incomprensibles, y que el entendimiento humano es naturalmente curioso, indócil, presuntuoso, amante de la novedad y de la singularidad. Tu sabes que la moral de la religion cristiana es austera y embarazosa, y que el corazon humano es vicioso y corrompido. Tu sabes, por último, que la religion cristiana encierra una gerarquia sagrada, á cuya autoridad deben someterse todos los hombres; y que los hombres aman naturalmente la licencia, la independencía, &c.

P. Todo eso lo sé; pero ¿qué sacais de ahí?

R. Déduzco de todas estas oposiciones, que debía suscitarse entre los

cristianos una infinidad de contestaciones, tocante los dogmas, la moral, el culto, la gerarquia sagrada y su autoridad, &c.: que estas contestaciones debian producir una infinidad de sectas; y que esta multitud infinita de sectas debian confundirlo todo en el cristianismo.

P. Me conformo; pero proseguid.

R. Hubiera sido, pues, un milagro que jamas hubiera habido contestacion alguna entre los cristianos, acerca de los misterios, la moral, la gerarquia, &c., supuesto que para esto habria sido necesario, que durante diez y ocho siglos, Dios hubiera puesto un freno á todas las pasiones de los hombres para que no se sublevasen contra la religion.

P. Esto me parece demostrado; pero aguardo la continuacion.

R. Pero si Dios hubiera aflojado la brida á todas las pasiones de los hombres, hubiera entregado la religion cristiana á todos sus combates; y sin embargo, en medio de estos combates, hubiera conservado siempre la

pureza de esta religion en una Congregacion principal y dominante, y esta Congregacion se hubiera preservado de todo error en la fe, y de toda relajacion en la moral, &c.; ¿no convienes en que éste seria otro milagro tan asombroso como el primero?

P. No puedo negarlo; pero ¿qué sucedió?

R. Vélo aqui. El cristianismo, durante diez y ocho siglos, se ha hallado continuamente agitado por las heregias, los cismas, los escándalos, las persecuciones, y las interpresas de las potestades seculares, como por otras tantas tempestades, y en medio de ellas se ha conservado en toda su pureza, y como acabo de decirlo, la religion cristiana.

P. ¿Cómo probareis que el cristianismo ha sido agitado durante diez y ocho siglos por las tempestades que acabais de decir?

R. Lo pruebo con toda la historia Eclesiástica que hace fe, y estos hechos son tan conocidos que seria

superfluo el entrar en sus pormenores.

P. ¿Cómo probais que la religion cristiana se ha conservado hasta nuestros dias en toda su pureza en una Iglesia principal y dominante?

R. Lo pruebo, porque despues de la predicacion de los Apóstoles hasta nuestros tiempos, ha habido en el mundo una Iglesia, que era la mas estendida de todas las Iglesias cristianas, y la única que estaba en estado de manifestar con títulos auténticos que habia sido fundada por los Apóstoles. Una Iglesia que se ha elevado contra todas las heregias desde que han aparecido, y las ha condenado; que siempre ha tenido el mismo culto y la misma gerarquia: que ha resistido constantemente todas las interpresas de las potestades del siglo contra sus derechos sagrados, y á la cual no han podido jamas convencer de error alguno.

P. ¿Cuál es esta Iglesia?

R. Es la Iglesia que tiene por Gefes á los Pontífices de Roma, su-

cesores legítimos de San Pedro. Es la Iglesia Católica, en cuyo seno hemos tenido tu y yo la dicha de nacer; y con respecto á esta Iglesia se ha cumplido el siguiente oráculo de Jesucristo: „Tu eres Pedro, y sobre „esta piedra edificaré mi Iglesia, y „las puertas del Infierno no prevale- „cerán contra ella.

.....

TERCERA CONFERENCIA.

Donde se demuestra la divinidad de la religion cristiana por la admirable revolucion que ha hecho en el mundo.

El mundo libre por Jesucristo de los errores mas monstruosos, é iluminado con las mas puras luces de la verdad: el mundo santificado por Jesucristo, y adornado con las mas bellas virtudes: Jesucristo mismo, autor de esta grande revolucion, elevado al mas alto grado de gloria por el oprobio

de la cruz, y hecho Rey y Dios del mundo; ve aqui, mi querido Teotimo, lo que va á ser la materia de la conversacion que hoy tendremos.

Tres hechos son ciertos y reconocidos de todo el universo. El primero es, que antes de la venida de Jesucristo, todos los pueblos del mundo, escepto el pueblo Judayco, estaban entregados á la idolatria mas vergonzosa, y á las supersticiones mas groseras y ridículas. Digo todos los pueblos del mundo, los pueblos de mas talento y civilizacion, como los mas bárbaros y mas salvages; por egemplo, los Griegos y los Romanos: aquellos pueblos, tan féculos en talentos raros y escelentes: aquellos pueblos, que llevaron las ciencias y las artes al mas alto grado de perfeccion: aquellos pueblos, en fin, que han llenado el universo de monumentos inmortales de su ingenio, y de mil obras maestras en todo género, que admiramos, que son nuestros modelos, y que desesperamos siempre de poder igualar.